



## NOCTURNO SENSUAL

Yo estaba entre tus brazos. Y repentinamente,  
no sé cómo, en un ángulo de la alcoba sombría,  
el aire se hizo cuerpo, tomó forma doliente,  
y era como un callado fantasma que veía.

Veía, entre el desorden del lecho, la blancura  
de tus busto mármoleo, descubierto á pedazos ;  
y tus ojos febriles, y tu fuerte y oscura  
cabellera... Y veía que yo estaba en tus brazos.

En el fondo del muro, la humeante bujía,  
trazando los perfiles de una estampa dantesca,  
nimbaba por instantes con su azul agonía  
un viejo reloj, como una ancha faz grotesca.



Con un miedo de niño me incorporé. Ninguna vez, sentí más silencio que en esa noche ingrata. El balcón era un marco de reflejos de luna que prendía en la sombra sus visiones de plata.

Temblé de ansia, de angustia, de sobrecogimiento; y el pavor me hizo al punto comprender que salía y se corporizaba mi propio pensamiento... y era como un callado fantasma que veía.

Los ojos de mi alma se abrieron de repente hacia el pasado, lleno de fútiles historias; y entonces supe cómo tomó forma doliente la más inmensamente triste de mis memorias.

¿Qué tienes? me dijiste mirándome lasciva.  
— ¿Yo? Nada... Y nos besamos.

Y así, en la noche incierta,  
lloré, sobre la carne caliente de la viva,  
con la obsesión helada del cuerpo de la muerta.

Abril, 1905.



## ALTO INSOMNIO

En el silencio de mi alcoba, suena á compás el reloj, como un latido. Sólo él y yo velamos. Se ha dormido la noche.

En el balcón una serena y tibia claridad de luna llena, es tul de plata en el cristal prendido, y de mi pecho en el oculto nido canta tu amor, como una filomena.

Todo está en paz de Dios; del fondo incierto brota una evocación. El libro abierto bajo el fulgor de la bujía, espera.



Yo pienso en tí ; tu sombra me acompaña ;  
y me agita el espíritu una extraña  
germinación de bosque en primavera.

1907.



## NOCTURNO FEBRIL

¿ Qué pienso ?... ¿ Existo ? No lo sé : me llaman  
á una indecisa realidad, las voces  
taciturnas y graves : á lo lejos  
canta un viejo reloj la media noche.

Alzo los ojos del abstruso libro  
y los clavo, inconscientes, en el ocre  
resplandor de la opaca veladora :  
¿ de dónde acabo de caer ; de dónde ?

Qué cansado retorno, qué cansado !  
¡ Cómo me duele el golpe !  
Me desperezo en la revuelta cama ;  
mato la luz... Y el pensamiento insomne,  
sigue tejiendo absurdos en la sombra,  
con hilos de esperanzas y dolores.



Siento que está mi corazón muy solo,  
y necesito ir á buscarte... Entonces,  
vuelo en el aire azul, asido á un débil  
rayo de luna ; cruzo el horizonte,  
y arribo á ese país de la Quimera  
que por audaz viajero me conoce.

Voy de prisa, buscando entre recuerdos,  
entre delirios, entre sueños, sobre  
las pálidas tristezas, que á mi paso,  
cual hojarascas frágiles, se rompen,  
y los vivos anhelos, que me siguen,  
ágiles duendes, y me gritan : corre !

Allí estás !... Allí está la silenciosa  
ciudad, la calle noble  
que, leyendo un romance carolingio,  
imaginé para nuestros amores.

Allí está tu balcón, el de tu casa.  
(qué anacronismo delicioso !... ¿ oyes ?)  
el que de tarde en tarde, rondo, cuando  
me siento triste, enamorado y joven,

Allí estás esperándome : tan blanca !  
tan rubia ! Y de tus ojos, que son flores  
de oro, sale un efluvio de ternura ;  
y unciosamente digo yo tu nombre,  
vocativo de todas mis plegarias,  
y tú, serena y dulce, me respondes...

¡ Tardía primavera de mi espíritu !  
¡ Ensueño puro y retrasado ! ¡ Goce  
infantil y sublime ! ¡ última huella  
de mis desvanecidas ilusiones !  
Venid á consolarme... Nada espero !  
¡ nada podrá ser ya ! ¡ Metamorfosis  
divinas de mi pena, muchas gracias !

Como un cadáver soy que, por el toque  
de una extraña virtud, vuelve á la vida,  
y lo alumbran celestes resplandores,  
y ve que, poco á poco, se transforman  
en aves, los gusanos que lo roen.

Otoñal poesía, muchas gracias !  
¡ Inmaculado idilio, sin un torpe  
deseo de maldad ; nube de rosa,  
vapor de aguas impuras y salobres,  
que reflejas el sol, vuélvete lluvia  
de llanto !...

Y lloro. El pensamiento insomne  
sigue tejiendo absurdos en la sombra,  
con hilos de esperanzas y dolores.  
¡ Qué cansado retorno, qué cansado  
del viaje azul á la Quimera ! Entonces,  
en la muda tiniebla de mi alcoba  
vuelvo á la realidad. Oigo las voces,  
de una vida fantástica, á los lejos :



es el murmurio del vecino bosque,  
el alerta de un gallo vigilante,  
una felina serenata al borde  
del tejado, la risa de una fuente  
que es un fresco desgrane de rumores.  
De cuando en cuando — prolongada nota, —  
un can aúlla, con lamento de hombre,  
y el viejo reloj canta una hora grave  
en el claro silencio de la noche !...

1909.



VESPERTINAS





#### VESPERTINA IV

¡Amigo, ven ; mira qué tarde ! Siente  
y confúndete en la Naturaleza ;  
no hay nada más hermoso. Sé creyente  
de este divino culto, fortaleza  
de la Vida

Y el campo es complaciente  
á la invasión. La sombra, en la maleza  
va tendiendo crespones ; una fuente  
canta en la obscuridad una terneza.  
La llanura es un mar negro y silente ;  
mas lo que sobre el llano se endereza  
— el bosque, la montaña y el torrente —  
alumbra y empenacha su cabeza  
con el oro que flota en el ambiente.  
Y arriba... (ven ; mira qué tarde ; siente

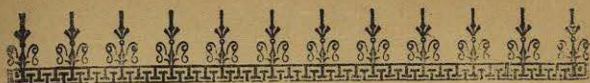


y confúndete en la Naturaleza).  
 ... Limpio el cielo, profundo, transparente,  
 es como un alma que medita y reza.  
 Se empapa en claridad, roja y caliente,  
 la cumbre blanca, de ideal pureza;  
 el reventar de un astro se presiente  
 en la penumbra azul, y donde empieza  
 á diluirse la luz, viva y ardiente,  
 lleno de melancólica grandeza,  
 con un lampo de sol brilla el Poniente,  
 tal como brilla, á instantes, una frente  
 con un gran pensamiento de tristeza...

\*  
 \*\*

¡ Amigo, ven ; mira qué tarde ! Siente  
 el alma universal ; que la pereza  
 abandone tu espíritu indolente...  
 Sé como el cielo tú ; medita y reza.

1904.



### VESPERTINA V

Oro radiante y triste, de cielo que atardece  
 el de tus ojos. Esta puesta de sol parece  
 una de tus miradas intensas y tranquilas.  
 — Prodigios luminosos del cielo y tus pupilas. —  
 Quién sabe qué ternura recóndita é inmensa  
 siente el Ocaso. El alma del horizonte piensa.  
 Dice cosas profundas ; con mi espíritu entabla  
 un diálogo. — La vida, hecha fulgor, me habla.

¡ Qué misericordioso crepúsculo, qué bueno,  
 melancólico, tenue, pensativo y sereno !  
 Ni un trágico celaje, ni una forma violenta,  
 ni un fantasma sombrío, ni una nube sangrienta.  
 Una visión de oro, transparente y divina,  
 vela el azul con una leve gasa ambarina,



y extiende en los crestones, sobre el obscuro cuarzo,  
la palidez carmínea de las rosas de Marzo.  
Mueve el viento el ramaje primaveral, y siento  
tu voz entre las voces fugitivas del viento.  
La ciudad que, á lo lejos, calladamente arde,  
se diluye en la rubia claridad de la tarde.  
El silencio murmura su oración. La campiña  
ante el Ocaso tiembla como medrosa niña.  
La penumbra ennegrece de los cielos el fondo  
que cuanto más obscuro se presiente más hondo.  
Y palpita en los flancos de la nébula rota  
el cristal tembloroso de una estrella remota.

Hay piedad, hay ensueño, hay amor y esperanza  
en el claro horizonte. Yo celebro la alianza  
de tus ojos y el día. Yo, religiosamente,  
creo en lo que me dicen tus ojos y el Poniente.  
Amor, piedad, ensueño y esperanza... lo mismo  
que me gritan las luces de tus ojos de abismo.  
Largas fascinaciones! Así me quedo absorto  
frente á tí, cual enfrente de las lumbres del Orto.

Y es que en tí como en ese fulgurar del Ocaso  
hay un misterio amable que me detiene el paso;  
un matinal augurio, una consoladora  
promesa de día; una revelación de aurora.

¡ Si vieras qué apacible crepúsculo, qué bueno,  
melancólico, tenue, pensativo y sereno!  
Una de tus miradas intensas y tranquilas;  
uno de los prodigios del cielo y tus pupilas!...

1909.







## VESPERTINA VI

Un sutil dardo atrevesó el follaje  
y se clavó en el nido... El sol hacía  
la última buena acción; sellaba el viaje  
con la postrera caridad del día.

Diafanizando el oro de la muerta  
hojazón, que á las ramas se prendía,  
nimbó de luz fantástica é incierta  
la casa de los pájaros... Y ardía  
en el carmín solar, un ala abierta.

Toda era paz la tarde y poesía...  
y yo la vi morir desde la banca  
donde, cual lluvia rumorosa y blanca  
la gran fronda del álamo, caía.

Por abarcar del horizonte el fondo  
levanté lentamente la cabeza;  
y uní al silencio del jardín, el hondo  
silencio espiritual de mi tristeza.



Ojos y corazón puse en el cielo ;  
 y sorprendí la misericordiosa  
 bondad de aquel Ocaso en agonía,  
 mientras en frente, tras el grácil velo  
 — que era una dulce ensoñación — la rosa  
 de nácar de la luna se entreabría.

¡ Santa puesta de sol que da el olvido  
 de un éxtasis angélico, á mis males !  
 ¡ Santa puesta de sol que entibia un nido  
 oculto entre hojarascas otoñales !

Tú dejas á unas aves que se aneguen  
 en fulgor melancólico y tardío ;  
 les das luz y calor, antes que lleguen  
 la noche, el viento, la tiniebla, el frío...

Y como al nido que la fronda encubre,  
 pone, no sé qué luz desconocida,  
 un rayo de esperanza, en el octubre  
 tan lleno de hojas secas de mi vida.

Y pienso en tí. (Por qué?... Viene del fondo  
 de mi ser la obsesión de tu belleza ;  
 tu blanca imagen, tu cabello blondo)  
 Y en comunión con la Naturaleza,  
 uno, al silencio del jardín, el hondo  
 silencio espiritual de mi tristeza.



## VESPERTINA VII

Todo en silencio, todo en calma, deja  
 que se agote la vida, como exiguo  
 manantial que en un tiempo hizo derroche  
 de su fecunda linfa ; el sol se aleja,  
 y en las penumbras de un ocaso ambiguo  
 laten las palideces de la noche.

Se gastó mi dolor, como el antiguo  
 mármol sacramental de un ara vieja,  
 en el culto de un dios ; ya nadie viene  
 en busca de parábolas divinas  
 al templo de mi espíritu que tiene  
 la noble soledad de las ruinas.

Ni un rumor ; ya no hay órgano que suene ;  
 ni un perfume ; no hay rosas, hay espinas ;  
 hay viento ; no se encenderán los cirios ;



hay polvo ; no florecerán los lirios ;  
 hay nieve ; no vendrán las golondrinas.

Meditando en el término del viaje,  
 miro, entre vagas sombras vespertinas,  
 temblar mi porvenir, como un paisaje  
 á través del vapor de las neblinas.

Todo en silencio ; todo en calma, sola,  
 por una vía gris va mi existencia  
 nimbada por la débil aureola  
 de una santa paciencia.

Entrecerrados por la somnolencia  
 mis ojos ya no miran la esperanza,  
 y, al volverlos atrás, me hallo en presencia  
 de la alucinación de una añoranza.

Para el último sueño es el letargo  
 inicial. En mí, todo desfallece :  
 la dulce imagen y el recuerdo amargo.

Por la tiniebla que se agita y crece  
 sin miedo voy, y sólo me parece  
 que el camino es muy largo.

Sequé los cauces del sagrado río ;  
 sellé la fuente impura ;  
 no seducen ni vencen mi albedrío  
 pecado ni virtud... ¡ Gracias, Dios mío !  
 me quitaste el placer y la ventura,  
 pero también la pena y el hastío,

y tendiste en mi espíritu vacío  
 una inmensa blancura,  
 un sudario de luz que guarda el frío  
 cadáver de mi novia la ternura.

No hay en mi corazón hieles de queja,  
 mieles de amor, ni ajenjos de reproche ;  
 ni una gota quedó que manche el vaso.

Crepúsculo es mi vida. El sol se aleja,  
 las penumbras apagan el Ocaso ;  
 todo en silencio está... Viene la noche.

1908.

